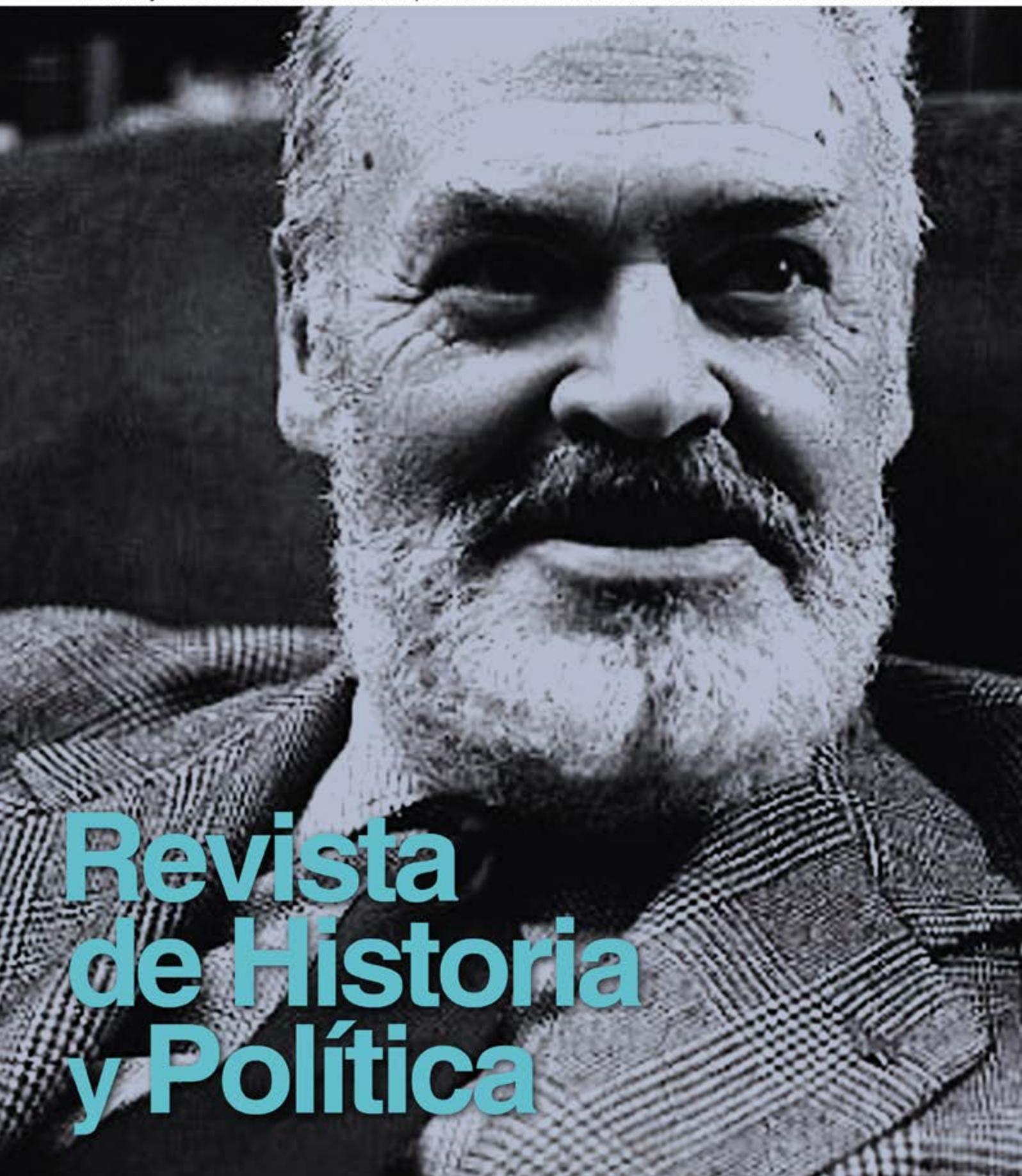


Pepe Rosa

Nº 1. Mayo de 2016. 200 años de la Independencia Nacional; 110 años del nacimiento de José María Rosa

A black and white close-up portrait of José María Rosa, an elderly man with a full, white beard and mustache. He is wearing a patterned jacket and a dark tie. The background is dark and out of focus.

Revista
de Historia
y Política



Sumario

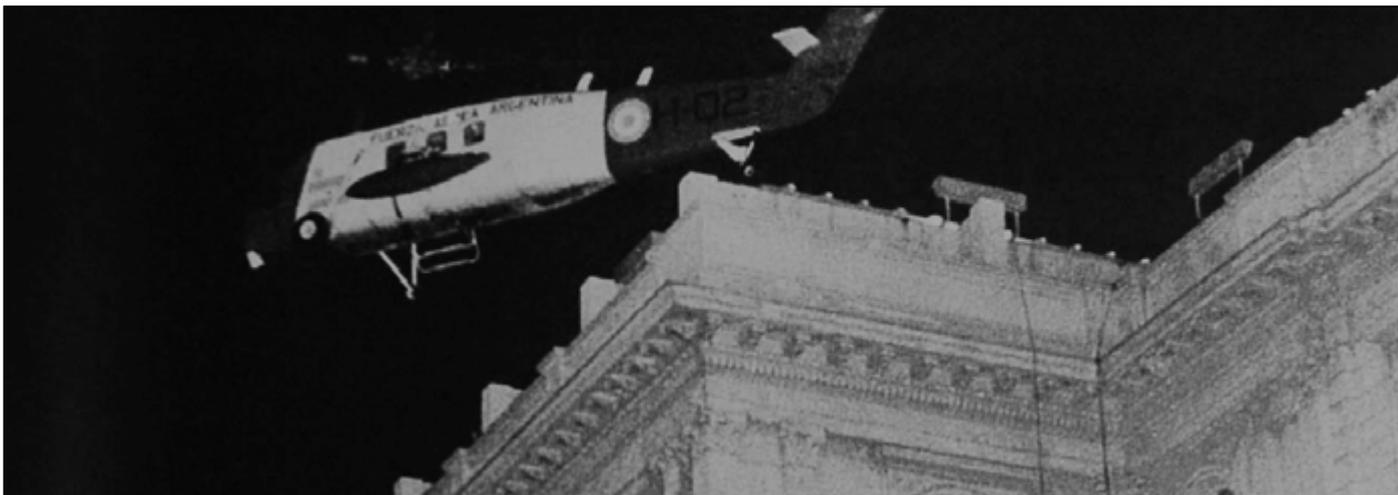
Nº 1. Mayo de 2016.

- Hace cuarenta años** **2**
por Enrique Manson
- El gringo Darwin
y la vinchuca mazorquera** **5**
por Micaela Rosa
- Civilización y barbarie,
a 60 años de su publicación** **6**
por Julián Otal Landi
- La Revolución
de los orilleros** **8**
por Eduardo Rosa
- Los trabajadores
y la tiranía criminal** **11**
por Enrique Manson
- Darwin Passaponti,
el primer mártir peronista** **14**
por Pablo Hernandez
- La deuda externa, ayer y hoy** **16**
por José María Rosa

**Centro Documental
"José María Rosa"**

Eduardo Rosa
Enrique Manson
Pablo Hernández
Carla Moriana
Micaela Rosa

Diagramación:
Pablo Robles



Hace cuarenta años



Por Enrique Manson

En las primeras horas del 24 de marzo, Isabel Perón, Julio González, su secretario privado, un edecán y el jefe de la custodia presidencial subieron al helicóptero que debía llevarlos de regreso a la quinta de Olivos. La presidente regresaba con la relativa tranquilidad que le había transmitido el ministro de Defensa, José Deheza, a quien el comandante Videla había solicitado una reunión con los generales para las 12 de esa mañana. Si había golpe, no sería al día siguiente. Sin embargo el helicóptero no se dirigió a la quinta presidencial. Al aterrizar en el Aeroparque de Buenos Aires, el jefe de la base de la Fuerza Aérea informó a la mandataria que el aparato tenía fallas mecánicas y que mientras la convidaban con un café, llegaría un nuevo vehículo para trasladarla. Una vez en su oficina, el comandante le comunicó que el viaje no se reanuda pues había sido derrocada por las Fuerzas Armadas. Se puede suponer que el ofrecimiento de café tampoco era verdadero. Se iniciaba el Proceso de Reorganización Nacional.

LA GRIETA

Recientemente, un periodista conocido por su audacia y su ingenio, que militara alguna vez en el campo definido como progresista y que hoy, tras su paso por las tablas del teatro de revistas se destaca en el novedoso arte del stand up, comentaba con dolor que nuestro país se encuentra dividido por una grieta que lo quiebra en su unidad. Desde luego, que esa dolorosa desunión no es casual. Sería –siguiendo el estilo potencial del Gran Diario Argentino que tan genialmente satiriza Javier Romero- provocada por la crispación de los partidarios del entonces gobierno nacional...

No ha sido el bufo de radio Mitre el primero en atribuir a la militancia de los sectores populares el odio político. Años atrás Félix Luna afirmaba que en la década de 1940 -y con Perón- se había terminado el fair play entre los políticos argentinos. “Las formas adoptadas, tanto por el gobierno como por sus opositores para juzgarse mutuamente, para controlarse, para medirse, tuvieron proporciones excesivas, y dieron lugar a verdaderas ordalías contemporáneas. Este fenómeno, desconocido hasta ese momento, fue uno de los elementos más característicos de la época peronista.”

Parece abusivo caracterizar a esta etapa por ello. En los años de continuidad constitucional que corrieron entre Pavón y el 6 de septiembre de 1930 estallaron las revoluciones mitristas de 1874 y 1893, la cívica del 90, las radicales del 93 y de 1905, sin olvidar la guerra civil de 1880. Todo esto en un marco de elecciones con fraude y matonaje. La década siguiente, con sus urnas cambiadas y su “sufragio de difuntos”, tuvo también las revoluciones de Pomar, Cattaneo y Bosch, en las que no se tiraba con balas de fogueo. El presidente Justo no era amado por el pueblo radical, que añoraba a Don Hipólito, y los partidos de la Concordancia tampoco creían merecedor de respeto a un radicalismo al que era “patriótico” trampear.

La grieta tiene, por lo menos, 200 años de antigüedad, pero nunca es trató de un enfrentamiento deportivo: los contendientes fueron –y son- el pueblo y la oligarquía, y durante los dos siglos se derramó sangre, y mucha.

En 1828 los doctores unitarios le llenaron la cabeza a Juan Lavalle para que asesinara a Dorrego, a quien llamaban despectivamente “padrecito de los pobres”. Sus poetas ironizaban La gente baja ya no domina y a la cocina se volverá-

Después de Caseros, Urquiza adornó los árboles de Palermo con los cadáveres del regimiento de Aquino que no habían querido combatir a su patria bajo la bandera

del Imperio esclavista del Brasil.

Anoticiado del abandono del general federal, Sarmiento escribió sus conocidos consejos a Mitre: “no trate de economizar sangre de gauchos. Éste es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos.”

El 16 de junio de 1955, aviones argentinos masacraron a los transeúntes de la Plaza de Mayo. Ese día, y con la revolución de septiembre, se inició una guerra civil larvada que se prolongó por décadas. A la tremebunda frase de Perón: Por cada uno de los nuestros que caiga, caerán cinco de los de ellos, que no pasó de un exabrupto del león herbívoro, siguieron los fusilamientos de 1956, las proscripciones, la represión y, por fin la tiranía criminal de 1976, con sus desapariciones, sus torturas, su robo de bebés y tantos otros crímenes.

El cuarto de siglo transcurrido entre marzo de 1976 y diciembre de 2001 constituye un período autónomo dentro de la Historia Argentina Contemporánea.

Entre el desplazamiento de Isabel Perón y la caída de Fernando de la Rúa, se extendió una etapa signada por el deliberado desmantelamiento de la Argentina industrial que, en el estilo de los Estados de Bienestar, había permitido desarrollar una sociedad de inclusión, más justa y socialmente más participativa que cualquiera de las contemporáneas de América Latina.

EL DIOS BIFRONTE

Jano era el dios romano de las dos caras, por ser la divinidad de las puertas, de los principios y de los finales. Se le había consagrado el primer mes del año, ianarios —en castellano, enero—, y era el protector de quienes se proponían mudar el orden establecido.

Los guerreros lo consideraban uno de los suyos, y lo invocaban al iniciar una campaña, pero también se le atribuían aptitudes para la economía, y había sido él, quien inventó el dinero. La transformación que iniciara la dictadura argentina, tenía como el dios, dos caras: una económica y una militar: la definitiva liquidación de los restos de la Argentina del Bienestar peronista y la represión sanguinaria de quienes se opusieron a sus planes.

En su discurso del 2 de abril, cuando presentó el plan económico de la dictadura, el ministro Martínez de Hoz anunció claramente que “la economía argentina” no tenía “ningún mal básico ni irreparable.” La solución estaba en terminar con los obstáculos que el pernicioso estatismo establecido en la posguerra había impedido el crecimiento esperable. El cambio que se proponía, sin embargo, exigía de instrumentos políticos excepcionales. No se equivocaba el joven brillante Guillermo Walter Klein, nuevo secretario de Coordinación Económica, al señalar que el nuevo sistema económico, que produciría la reducción de los salarios reales a la mitad, en el término de 10 meses, era “incompatible con cualquier sistema democrático y solo aplicable si

lo respalda un gobierno de facto.”

El dictador Videla extendió, a su vez, el certificado de defunción de la vieja Argentina en un discurso de



Las dos caras de Jano

los inicios del Proceso, cuando afirmó que éste no venía sólo a derrocar un gobierno, sino a terminar con una Era de nuestra Historia para iniciar una nueva.

No se equivocaba. El cuarto de siglo transcurrido entre marzo de 1976 y diciembre de 2001 constituyó un período autónomo dentro de la Historia Argentina Contemporánea. Sin duda, diferente de los años que lo precedieron, y también —es nuestra fundada esperanza— distinto de los que le sigan.

EL PRETEXTO DE LA GUERRILLA

La utilización de la violencia con fines políticos es, como alguna vez dijo Perón, vieja como mear en los portones. Entre 1808 y 1814 el pueblo español derrotó a los ejércitos del Gran Corso y no abandonó la lucha hasta que los franceses cruzaran definitivamente los Pirineos. Pero no fue el ejército profesional el que logró el triunfo, sino los guerrilleros, que combatieron basados en el apoyo de todo un pueblo.

En la Argentina ya había habido una experiencia de guerra irregular en la reconquista contra las invasiones inglesas de 1806 y 1807. San Martín se valió de la guerra de recursos cuando dejó en manos de Martín Miguel de Güemes la defensa del Norte, mientras el Ejército de los Andes liberaba Chile y Perú. Las guerras civiles de las siguientes décadas mezclaron continuamente tropas veteranas con milicias más o menos irregulares, y las montoneras siguieron existiendo hasta el momento en que los remington del Ejército Nacional de Mitre avasallaron a las lanzas del Chacho Peñaloza y de Felipe Varela.

En el siglo XX la guerrilla se convirtió en la forma habitual de las luchas de liberación de los pueblos colo-

*El chacal de la ESMA*

niales, aunque fue el caso cubano el que por su carácter latinoamericano se convirtió en paradigma a imitar entre los contestatarios del continente. Más adelante, las guerras de Argelia y Vietnam, influyeron para la instalación del modelo guerrillero para los que se bautizaron como movimientos de liberación. Dice Arnold Kremer (Luis Matini) —ex dirigente del Ejército Revolucionario del Pueblo— que esta organización armada se nutrió de una generación que nació en un país que, a partir del golpe de 1955, militarizó la política en todos sus niveles. “Fuimos hijos de la violencia del Estado contra la Constitución y contra los partidos políticos.”

DE LA DERROTA MILITAR A LA DEMOCRACIA CONDICIONADA

Al comprobar que marchaban a una nueva frustración, los militares y sus socios civiles intentaron valerse de una vieja reivindicación pendiente: la recuperación de las islas Malvinas. El espejismo de que los más atroces vende patrias trajeran de vuelta al territorio irredento provocó una adhesión popular inesperada. Pero los dictadores suponían que el Reino Unido se iba a resignar a la pérdida y que los Estados Unidos aprobarían lo actuado. Cuando se comprobó el error de tales presunciones, la guerra se perdió, y la popularidad se esfumó, lo que provocó el fin del régimen.

Poco después del triunfo alfonsinista de 1982, Juan Alemann, que fuera secretario de Hacienda de Martínez de Hoz, publicó un artículo titulado “De nada, doctor Alfonsín”. Se refería a la destrucción del proletariado industrial, de tradicional voto peronista, producido por la dictadura. Tampoco existía la voluble burguesía nacional que había crecido con el mercado interno. El control lo tenía “el capital concentrado interno —constituido por una facción del capital extranjero y los grupos económicos locales”, - que trabajaba con “la explotación de los trabajadores y la subordinación del Estado a sus intereses particulares.”¹ Como dice Basualdo “... el eje ordenador de la economía argentina” ya no era “la producción industrial sino la valorización financiera.” La industria trabajaba para la exportación antes que para el consumo, lo que la

independizaba de los salarios. La caída de ingresos de los trabajadores no bajaba las ventas.

La dictadura dejó el campo arrasado. De este modo, los gobiernos constitucionales que la siguieron, se encontraron enormemente condicionados. Raúl Alfonsín, después de algunas medidas audaces que incluyeron el juicio a los integrantes de las juntas militares, fue sometido por la presión combinada de los uniformados y de los grandes grupos económicos que habían crecido desde 1976.

*El hijo de Martínez de Hoz*

Carlos Menem, no tuvo dudas. Se sumó a quienes tenían el poder y tomó a su cargo la continuación de la política económica del Proceso. Actuó con el fervor de los conversos, y se convirtió en el niño mimado del Fondo Monetario Internacional. En 1999, el hartazgo de la corrupción menemista llevó al gobierno a una Alianza que ni siquiera cumplió con el compromiso de adecentar las costumbres políticas. Al poco tiempo se descubrió que el Ejecutivo coimeaba senadores para obtener las leyes que necesitaba. A fines de 2001, la descomposición social llegó a su extremo. Mientras algunos avisados fugaban sus dólares al exterior, los marginales saqueaban supermercados y los pequeños ahorristas y empleados en blanco² reclamaban haciendo sonar sus cacerolas por las calles porteñas. El presidente Fernando De la Rúa, coherente con su conducta de toda la vida, se alejó, en helicóptero, de la Casa de Gobierno. Es que, como dice Basualdo “... el eje ordenador de la economía argentina” ya no era “la producción industrial sino la valorización financiera.” La industria trabajaba para la exportación antes que para el consumo, lo que la independizaba de los salarios. La caída de ingresos de los trabajadores no bajaba las ventas.

EL VIENTO DEL SUR

Pero cuando nuestro país parecía destinado a desaparecer, un inesperado viento llegó del sur e inició una tan sorprendente como misteriosa recuperación. Después, se reanudó la lucha por integrar la Patria Grande Latinoamericana, la economía industrial y el mercado interno volvieron a vivir, y los mayores criminales de nuestra historia son juzgados —como no lo fueron sus víctimas—, son condenados, sufren cárcel común, y muchas veces mueren en prisión. ^{FR}

1. Basualdo, Eduardo, Sistema político y modelo de acumulación, pag. 15
2. Es decir, aquellos cuyos empleadores cumplían las leyes laborales y previsionales, que no eran la mayoría.



El gringo Darwin y la vinchuca mazorquera

Por Micaela Rosa

Durante el siglo XIX se produjo un gran avance de las ciencias relacionadas con los orígenes del mundo y de la vida humana y animal. Sabido es el papel que Charles Darwin desempeñó en este terreno y es también conocido el viaje del autor de *Sobre el origen de las especies* por medio de la selección natural, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida, que lo llevó, en una de sus etapas, a nuestra Patagonia, ¡justo en el momento en que Juan Manuel de Rosas encabezaba su expedición que lo llevaría a los llamados desiertos del Sud!

Darwin llegó al campamento del Restaurador, a quien conoció personalmente, y estudió cuidadosamente flora y fauna de la región. Su curiosidad científica lo llevaría a detenerse en el conocimiento de los bárbaros primitivos que habitaban aquellos desiertos. Tanto los que hablaban el mapudungun mapuche, como los no menos bárbaros que se comunicaban en la forma criolla de la lengua llegada de la lejana España. Sobre unos y otros habrá puesto su imaginario microscopio británico.

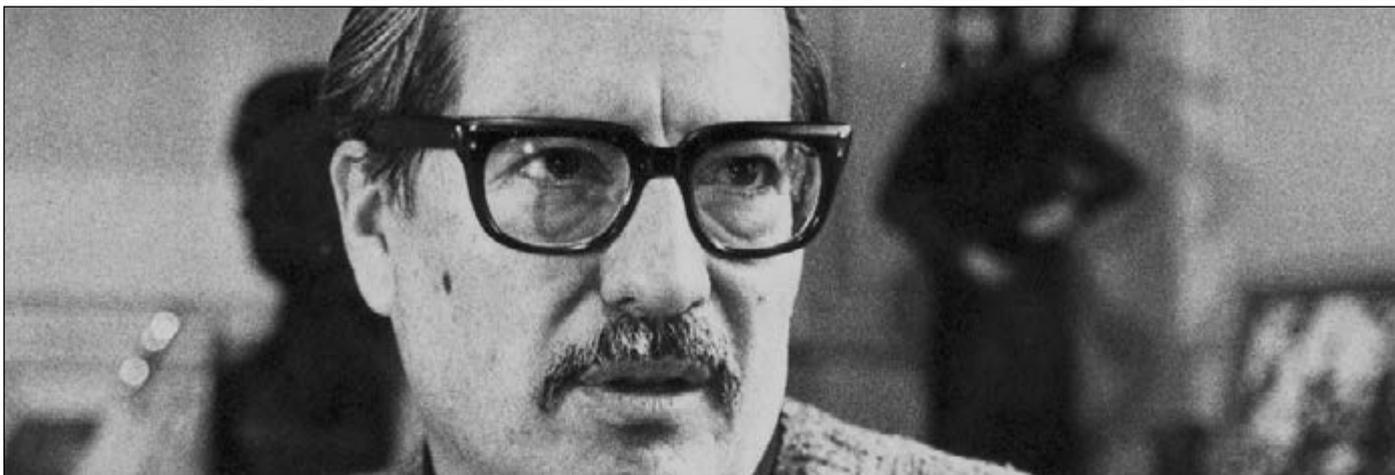
Pero el Restaurador era hombre desconfiado, y Don Charles no era el primer hijo de la rubia Albión que ponía sus ojos —con pretexto científicos o comerciales— sobre estas tierras. Poco tardó en comprender que, como los Robertson que décadas atrás habían acertado a encontrarse con el mismísimo San Martín en momentos de triunfo en los que la euforia quebraba la prudencia, daban jugosas informaciones que interesaban a la cancillería británica, el científico que se le había acercado era uno más de los espías que Londres hacía recorrer el mundo con intenciones de conquista.

Don Juan Manuel, no menos astuto que suspicaz, aprovechó la curiosidad del científico para eliminar al espía. Darwin había descubierto un espécimen ignorado en Inglaterra, el triacoma infestans, al que el pueblo conoce como vinchuca. Este insecto hematófago ganó el corazón del sabio (en sentidos diversos) que quiso llevárselo a Gran Bretaña. Pero ¿cómo transportar con vida a través del ancho mar al pequeño bichito? Había que alimentarlo, y que mejor que hacerlo con la sangre del propio Darwin.

Así, se encerró con la vinchuca en su camarote y a las horas correspondientes lo colocaba tiernamente sobre su brazo para que, leve picadura mediante, el triacoma se alimentara con la sangre del científico. Lo que este no sabía es que su nueva amiga era una fanática militante de la Mazorca, con gorro de manga y cintillo punzó incluido, y que el Tirano de Buenos Aires lo había provisto de una carga letal de tripanosoma cruzi —no menos federales que su portador— que depositaba en la misma herida, porque Darwin había averiguado como se alimentaba, pero no que una vez satisfecha, la vinchuca excretaba los tripanosomas y los depositaba en la misma herida por la que se había alimentado.

Y así fue que el agente británico se murió de una enfermedad tan sudamericana como el mal de Chagas-Maza. ^{PR}





Civilización y barbarie, a 60 años de su publicación



Por Julián Otal Landi

“Porque esto tiene otra llave”

Más de una vez y, sobre todo en estos últimos tiempos, nuestras elucubraciones de signo políticas desembocan en la problemática “madre” de nuestra historia política- cultural: “Civilización y barbarie”. Siempre girando en torno a ella se encontraron y se encuentran dos modelos de país, dos maneras de interpretar la realidad argentina cuando en verdad, como bien diría el maestro Fermín Chávez “la historia cultural argentina es un árbol de dos raíces”. No obstante, a 60 años de la formación de la “resistencia peronista” ante la avanzada “gorila” nos encontramos ante un nuevo proyecto liberal-conservador en el poder (esta vez sin la necesidad de recurrir a los cuarteles). La problemática en ciernes, entonces, vuelve sobre sus orígenes: se trata de lograr la “formación de una conciencia nacional”, conformar una “epistemología para la periferia”, interpretar y recuperar la esencia del “ser nacional”. Una tarea interminable pero necesaria a la que recurrió Fermín Chávez dando el puntapié inicial a una renovación historiográfica dentro del revisionismo histórico argentino, luego de la conformación del peronismo quien fuera brutalmente derrocado.

Al momento de la edición de su primer obra (fines de 1956) de carácter histórico cultural, en nuestro país se instituía un gobierno ilegítimo que había derrocado al gobierno democrático de Juan Domingo Perón en setiembre de 1955 y, en junio de 1956, desbarataba de manera cruenta el levantamiento del General Valle mientras la proscripción daba persecución a toda manifestación que se relacionara

con el gobierno depuesto: llámese “Perón”, “Evita”, “Justicialismo”, etc. el gobierno de facto, mediante el decreto-ley 4161 castigaba a cualquier peronista rebelde con la prisión. La motivación de la publicación de “Civilización y barbarie” significaba una reacción ante el discurso oficialista y el aval de los intelectuales que adhirieron a dicho régimen donde los versos de José Hernández que se rescatan en nuestro subtítulo¹, sintetizan la intención de Chávez: reaccionando al método historiográfico “científico” y poniendo a debate nuevamente la vieja dicotomía sarmientina “civilización y barbarie” que atravesaba nuestra historia y en ella se legitimaba el orden “libertador” del régimen de turno, enmarcándose en la línea “Mayo-Caseros” que contrastaba a las dos tiranías: Juan Manuel de Rosas y Juan Domingo Perón. La tesis de su trabajo viene a instalar que el problema nacional es de índole cultural: desde que se apuesta un falso concepto de “civilización” con la Generación de 1837, se empezó a hablar de la “barbarie americana” en sentido negativo. De este modo, el problema político que vuelve a ponerse en escena es sólo un aspecto de algo mucho más profundo: un problema ontológico.

“La civilización unitaria es resistida tercamente por la barbarie federal: he ahí el hecho argentino que ha de ir desencadenando nuestras luchas morales y políticas durante el siglo XIX. Frente al unitarismo racionalista se yergue una idea vernácula y una forma de vida que responde a la verdadera situación del hombre argentino y a su espontaneo desarrollo.

“Las subestructuras que sostienen a partir de Pavón nuestra República Mercantil tienen el aliento del naturalismo unitario. Así lo han visto pensadores esclarecidos y así lo comprobamos actualmente... Los doctores unitarios están de vuelta. Han regresado con el mismo candor y el mismo desconocimiento del país que pusieron de manifies-

to cuando elaboraron la Constitución de 1826, ávidos de leyes escritas que nunca cumplieron”²

En la introducción citada el autor ponía en evidencia la problemática que trascendía la historia fáctica y científica, y mediante el historicismo se dispuso a desentrañar la civilización autóctona, condenada y proscrita por el unitarismo iluminista. En dicho proceso, Fermín no pecaba de anacronismo ya que en la problemática que pretende poner a la luz, trasciende al partido político: sean unitarios o antiperonistas, llámese Sarmiento o Borges, todos son instrumentos de un orden liberal que negaban la historia vernácula de nuestra tierra. Quizás influenciado por su maestro Nimio de Anquín, Fermín adoptaba el historicismo y recupera el pensamiento de Herder y Vico para analizar la historia. No es casualidad, entonces, que Fermín rescatase las “voces populares” a través de cielitos, obras teatrales y publicaciones que reflejasen la defensa de una civilización originaria que contradecía los valores ideales exportados del iluminismo europeo. Si la historia liberal buscó hacer tabla rasa con el pasado “barbárico”, el revisionismo histórico tenía el deber de poner en evidencia la historia popular, rastrear nuestro volkgeist¹. Una tarea pendiente que se tornaba urgente bajo los momentos en que los doctores unitarios regresaban a partir de la “Revolución Libertadora”, aunque en lugar de llamarse “liberales” se harán llamar “mayistas” de la inefable línea Mayo-Caseros. Se pone en evidencia que nuevamente un sector con valores iluministas avanzaba por sobre los intereses y el sentir popular. Entonces, el problema iba más allá de sacar unos próceres del panteón para poner otros, la revisión requería una interpretación no sólo política del acontecimiento sino cultural, tomando ese eje, la historia se la abordaba desde su unicidad y en su particularidad con respecto a otros pueblos y en contraste a las ideas racionales. Con estas claves Fermín Chávez emprendía una búsqueda cultural que pusiera de manifiesto este “espíritu del pueblo” ocultado por la historiografía liberal y también desdeñado por sus colegas revisionistas, más focalizados en la experiencia de Rosas y los caudillos provinciales previos a Caseros. A diferencia de José María Rosa que postulaba un cierre abrupto de la alternativa federal luego de la caída de Rosas, Fermín se encargó de rescatar del olvido lo que, desde su niñez en Entre Ríos, recibió mediante la memoria colectiva la resistencia y el coraje de Ricardo López Jordán y varios federales que resistieron ante la avanzada liberal, unitaria y mitrista pergeñada desde Buenos Aires². Así, con “Civilización y barbarie” iniciaba la reivindicación de la experiencia federal posterior a Caseros a través de biografías de consulta insoslayable como las dedicadas a Ricardo López Jordán y José Hernández. También desarrollaría el rescate de otros “malditos” y, como tales, olvidados para la historia mitrista: Alejo Peyret y Francisco Fernández, además de visitar a otros pensadores destacando su visión historicista como son los casos del Padre Castañeda y un brillante Juan Bautista Alberdi que (si bien éste último había sido una figura “incó-

moda” a los ojos de varios revisionistas) para Fermín Chávez era clave reivindicar el pensamiento del Alberdi de los primeros años y también del que partió al exilio enemistado con los ideólogos que se instalaban en el poder luego de Pavón. Fermín Chávez propondrá desde el revisionismo una renovación, que fuese la resistencia a esas nuevas propuestas metodológicas que buscaban, desde el iluminismo, marginar los problemas de fondos políticos, sociales y culturales. La renovación de Fermín es sobre todo en el marco de reinterpretar la historia desde el historicismo, centrándose en el problema de raíz que volvía a hacerse presente de manera violenta luego de 1955: civilización y barbarie.

“Nuestras generaciones jóvenes han empezado a tener conciencia de estos problemas en un momento por demás confuso y trastornado. Reciben de sus padres espirituales y de sus maestros, la herencia de miseria que todo argentino contemporáneo guarda en su seno por toda riqueza moral. Revisan su anverso y reverso tratando de hallar una verdad de salvación, y solamente encuentran un esquema negativo y perverso donde el país real semeja algo así como un monstruo definitivamente deshauciado por los doctores del liberalismo”.

“Comprometida de entrada en esa empresa terrenal que es el país, le toca a nuestra generación esta suerte de afanes: la de exigir una severa y limpia explicación del ser nacional”³

Así como Arturo Jauretche publicaba “Los profetas del odio” (casi en simultáneo a la obra prima de Fermín), Hernández Arregui hacía lo suyo con “Imperialismo y cultura” y, más tarde luego de un obligado exilio, José María Rosa profundizaba un enfoque de la historia argentina desde un enfoque revisionista “nacional y popular” Fermín Chávez se calzaba su pañuelo blanco jordanista y daba pelea desde las trincheras de la cultura comenzando una amplia y versátil obra cuyo eje se centra en la problemática inicial: civilización y barbarie. 

1. “(...)Aquí no valen Doctores; Sólo vale la experiencia; Aquí verían su inocencia Esos que todo lo saben, Porque esto tiene otra llave Y el gaucho tiene su ciencia”. Fragmento de un poema de Hernández que Chávez recuperará en más de una oportunidad, dándole título a un trabajo dedicado al historicismo y la búsqueda de un pensamiento nacional en 1984. Porque esto tiene otra llave. De Wittgenstein a Vico. También será citado en Herder, el alemán matrero. (Nueva Generación, 2004)

2. Fermín Chávez. Civilización y barbarie. El liberalismo y el mayismo en la historia en la cultura argentina. Buenos Aires. Trafac. 1956. Pp.7-8.

3. El término hace referencia a la denominación herderiana que entiende como “espíritu del pueblo” la recuperación/puesta en valor del “mundo primitivo, de las canciones populares, de la Edad Media y de los pueblos de color menospreciados y explotados, en un vuelco de conceptos fundamentales, restauradores, y libera al mundo cultural de la utopía iluminista de hacer tabla rasa con el pasado”. Fermín Chávez. Herder, el alemán matrero. Buenos Aires. Nueva Generación. 2004. P. 23.

4. “El 11 de abril de 1870, después de traicionar al Chacho Peñaloza y al Paraguay que contaban con su apoyo, muchos de sus seguidores se hartaron y siguiendo a Ricardo López Jordán se sublevaron. Desde entonces, los entrerrianos se dividieron en sus preferencias históricas. Quienes seguían ritualmente las enseñanzas escolares, veneraban al vencedor de Caseros (Urquiza). Otros, muchos otros (sic), que conservaban la memoria transmitida oralmente de padres e hijos, conservaban la costumbre de usar en el cuello el pañuelo blanco de los jordanistas. De una de esas familias fue vástago Fermín Chávez”. Enrique Manson. Fermín Chávez y su tiempo. Buenos Aires. Ediciones Fabro. 2011. P. 21.

5. Fermín Chávez Civilización y barbarie... p. 12.



El primer 17 de Octubre: 5 y 6 de abril de 1811 La Revolución de los orilleros



Por Eduardo Rosa

Conforme a lo dispuesto por la junta el 27 de mayo, se pide a los cabildos de las provincias que envíen diputados. Pero al ir llegando estos, a principios de 1811 los ilustrados ven peligrar sus planes, pues los “provincianos” no traían las mismas ideas iluministas que ellos.

Moreno dice que lo dispuesto el 27 de mayo era “fruto de la inexperiencia”. La orgullosa Buenos Aires no iba a compartir el poder con provincianos. Los morenistas conspiraban; contaban con el Club (del café de Marcos) y el regimiento “la Estrella”. La ingenuidad de Saavedra no le permitía sospechar de estos ni tampoco que una fuerza oculta y poderosa – la masonería cuyo conductor era el Dr. Julián Álvarez – acababa de unir a los jóvenes morenistas con los “viejos” del cabildo en una común repulsa contra los provincianos.

Un técnico, por regla general conoce muy bien el árbol pero es incapaz de ver el bosque. Para eso hace falta un político, y Moreno era más técnico que político. Si toda su inteligencia indiscutible y toda su energía arrolladora la hubiese puesto en la auténtica revolución americana, que nada tenía que ver con “La ciudad Perfecta” de Rousseau” hubiera dado excelentes frutos. Moreno era un hombre de gabinete. Le faltaba estaño. Tal vez su juventud le impidiese escuchar a otros menos dotados pero con más receptividad sobre lo que la gente piensa y quiere y no sabe expresar. Moreno tenía muchas virtudes, pero le faltaban dotes de Jefe. Ese jefe popular que interpreta lo que quiere la gente, ese jefe que no existió en los primeros días

de la revolución. Porque Saavedra, en el cual el pueblo confiaba, no tenía la estatura requerida.

Por eso el pueblo, entusiasta al principio fue cayendo en una atónita indiferencia. Veía a los revolucionarios en obscuras conversaciones con los ingleses, que no eran tan ocultas, ya que oficiales del Mistletoe, el Martine y el Pitt, buques ingleses en el puerto de Buenos Aires conversaban con las autoridades recientemente impuestas.

Y al pueblo se lo dejaba de lado, porque “era “una multitud privada de luces que solo piensa en sus primeras necesidades” o era el “vulgo que solo se condice por lo que ve”. (Palabras del reciente decreto de supresión de honores). Y oía que la junta recibía precisas instrucciones del embajador inglés ante la corte de Río de Janeiro.

¿Ese era el precio necesario para conseguir la libertad?

Lord Strangford, el embajador gringo en Río de Janeiro maniobraba para que no se rompiesen los vínculos con España, ya que necesitaban que la península se ocupase de Napoleón y no de reprimir la sublevación americana. Para eso necesitaban autoridades adictas, como parecían ser muchos porteños.

LOS ORILLEROS

Inesperada, sorpresivamente, sobreviene el levantamiento de las orillas que dará una fugaz tintura de pueblo a la Revolución.

A las once de la noche del sábado 5 de abril se sabe que grupos de quinteros y arrabaleros, casi todos con

su caballo, se juntan en diversos lugares de la periferia de la ciudad. En silencio iban rumbo a la plaza de la Victoria cuyo ámbito llenan a medianoche ante el desconcierto de los jóvenes iluminados y el temor de los vecinos principales ante la chusma de las orillas.

Un cronista relata así el inicio del levantamiento, en el que “Se apeló a los hombres de poncho y chiripá contra los hombres de capa y casaca”:

“Al anochecer del día 5 de abril empezaron a reunirse hombres emponchados y a caballo en los mataderos de Miserere, a la voz del alcalde de barrio don Tomás Grigera, cuyo nombre sólo conocido hasta ese día entre la pobre clase agricultora, principió a ser histórico para este país: a medianoche penetraron por las calles de la ciudad, y antes de venir el día ocuparon la plaza Mayor como mil quinientos hombres, pidiendo la reunión del cuerpo municipal, para elevar por su conducto sus reclamaciones al gobierno.”

Fue, hace 205 años el primer 17 de octubre, con los mismos personajes y los mismos prejuicios en su contra. Era el **aluvión zoológico**. Eran la gente de las orillas, los descendientes de los viejos “Trinitarios” que fundaron Buenos Aires, (no los del puerto, los “porteños” que se enriquecieron con el contrabando), los habitantes de la periferia llenaban la plaza de la victoria ante el desconcierto de los miembros del Café de Marcos, que ven materializado el “pueblo”, del que tanto hablaron pero que nunca escucharon.

A las doce de la noche, la plaza de la Victoria estaba llena de gentes que rodeaban el edificio del Cabildo en un imponente silencio. Los regidores buscaron la protección de la Fortaleza donde quisieron averiguar, con los miembros de la Junta, el origen y propósitos de la nocturna presencia del pueblo. Como se sabe que está Grigera aparentemente al frente de la pueblada, se lo llama: Vieytes le pregunta en tono conminatorio quién había ordenado la concentración intempestiva y Grigera contesta reposadamente: “El pueblo tiene que pedir cosas interesantes a la Patria”.

El propósito era sustituir la Junta por el gobierno “único” de Saavedra, que mantenía aún su prestigio – ¡pese a todo! – en la masa popular; el vehículo fueron los alcaldes de la periferia, sobre todo Tomás Grigera, alcalde de las quintas, y su intérprete el Dr. Joaquín Campana, abogado de prestigio en las orillas.

Tomás Grigera era un vecino afincado que ejercía en sus pagos, según V. F. López, “una especie de patriarcado bondadoso y responsable”. Sus modos de hablar y sus conceptos, siempre graves y sentenciosos, revelaban el hábito que había contraído de resolver las contiendas de sus convecinos con máximas de moral y buena ley según las entendía”. El Dr. Joaquín Campana había estudiado derecho y recibido el título en la Universidad de Chile. Plegado a la revolución de Mayo no compartía el desprecio hacia el pueblo de los morenistas. Era nacido en Montevideo en 1783. Había españolizado el apellido irlandés de su padre, Campbell.

El “petitorio”

“El pueblo de Buenos Aires desengañado a vista de repetidos ejemplos, de que no sólo se han usurpado sus derechos, sino que se trata de hacerlos hereditarios en cierta porción de individuos, que formando una facción de intriga y cábala, quieren disponer de la suerte de las Provincias Unidas, esclavizando a las ambiciones de sus intereses particulares la suerte y la libertad de sus compatriotas, ha resuelto con la energía propia de su carácter proponer a V. E. las siguientes condiciones para que, desbaratando el partido sospechoso, se restituya al pueblo injustamente despojado...”

Se pedía la expulsión de todos los europeos de cualquier clase y condición que sean “que no acreditasen de modo fehaciente su lealtad al gobierno”, descartándose las “informaciones sumarias” de los alcaldes de la zona céntrica.

La Junta sustituyó la expulsión por un impuesto proporcional dado las penurias del erario. Sobre cada español de “lealtad sospechosa”, sería llamado Grigera a informar.

¿Quiénes los habían Movilizado?

Saavedra en sus memorias dice que ocurrió “sin mi noticia ni conocimiento” (Por eso Mitre, enemigo de las exteriorizaciones populares dice que “es la única revolución de la historia cuya responsabilidad nadie se ha atrevido a asumir” – no sé porque me recuerda al 20 de diciembre del 2001).

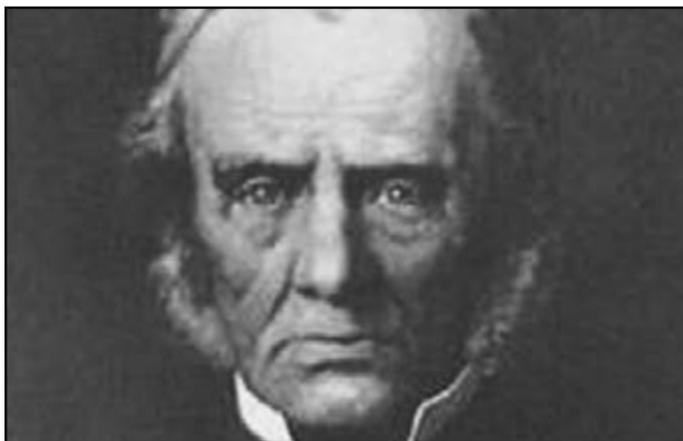
Aquello era una eclosión espontánea del pueblo que no había leído el “contrato social” tal vez porque no supiera leer, pero sabía muy bien que había que hacer. El propósito era cambiar TODA la junta (¿qué se vayan todos?), reemplazándolos por la jefatura exclusiva de Saavedra. (Aún mantenía prestigio entre la gente).

Los Morenistas (Moreno ya había muerto de cólico miserere) llaman en su ayuda al regimiento de la Estrella, comandado por French. Pero no vienen... se han diluido ante la masiva presencia de los orilleros. Los demás regimientos han abierto la puerta de sus cuarteles, plegándose a la ola popular. De los jóvenes intelectuales del “Café de Marcos no ha quedado ninguno. Los vecinos “de posibles” han atrancado sus puertas.

No obstante los “descamisados” esta vez no obtienen un triunfo plano. Les falta un jefe, y Saavedra no tenía la estatura ni la sensibilidad de jefe, acabarán por contentarse con el alejamiento de los morenistas en helicóptero (perdón, tal vez no fuese así). Campana – **la figura obscura y sin gloria**, según Mitre – toma el lugar de Moreno. Pero la figura obscura y sin gloria esta llamada a escribir una de las páginas más altivas de nuestra historia.

Strangford había pedido a la junta que mandase

diputados a Cádiz y Campana contesta "Estas provincias exigen manejarse por sí mismas. Solo se entraría en colación contra Napoleón si se reconoce su independencia" y "se debe hacer saber al representante de esa nación (Inglaterra) que es preciso que se reconociese la **independencia recíproca de toda América**, Y que no insista el embajador Inglés en querer darnos de favor lo que se nos debe por justicia"



Joaquín Campana, el abogado de los orilleros

El 21 de junio la Junta da otro golpe a los ingleses en lo que más les dolía: sus intereses mercantiles. A instancias del consulado prohibió la remisión de géneros ingleses al interior, derogando la disposición de Moreno que lo permitía; también que los extranjeros vendieran sus géneros al menudeo en la capital. No se contentó allí; y como los introductores ingleses, favorecidos por Larrea, demoraban el pago de los impuestos hasta vender sus mercaderías, la Junta ordenó – por pluma de Campana – el 25 de junio que las deudas de los introductores con la aduana tendrían un interés del 6% "sin perjuicio de los apremios y ejecuciones que el administrador de la Aduana estimara convenientes".

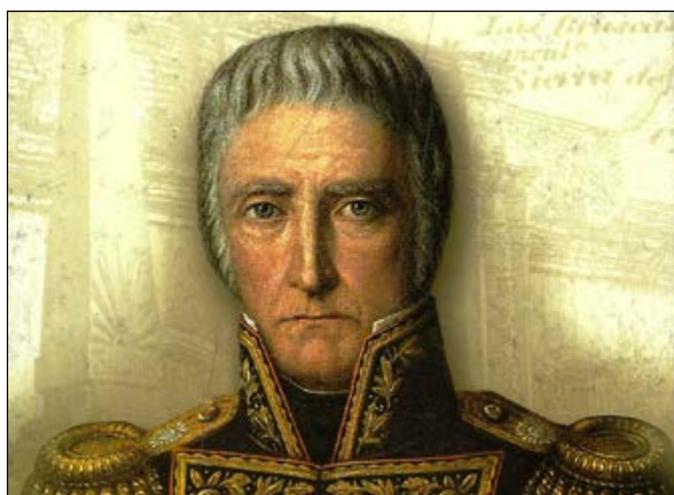
A sus enemigos natos (los jóvenes del café de Marcos y la gente "decente") los orilleros agregaron el de Strangford y los comerciantes ingleses. Eran enemigos poderosos y no resistiría mucho tiempo.

Fue esta la primera vez que en forma oficial se habló tan concretamente de independencia, lo cual indignó a Strangford que envió de inmediato a Sarratea a Buenos Aires, para que pusiese coto a las "locuras de la chusma de medio pelo" que dominaba al gobierno. Posteriormente Campana fue expulsado de la Junta Grande, por disposición del Comité Patriótico morenista, que a pesar de que muchos de sus miembros sufrían detención o exilio, continuaba siendo un factor preponderante en todas las resoluciones que se adoptaban.

El 11 de setiembre se produjo el golpe. Por eso nuestra plaza 11 se llama así. Ninguna plaza ni calle se llama 6 de abril.

Según una versión familiar, en la noche del 17 de Setiembre el doctor Campana fue secuestrado de su domicilio y llevado detenido a Areco, donde se lo instaló en la cárcel.

Al reunirse la Asamblea General Constituyente en 1813 para tratar la organización y gobierno que se daría al país, sancionó una ley que favoreció a todos los incursos en delitos políticos y militares con las únicas exclusiones de Cornelio Saavedra y Joaquín Campana. El presidente, tras muchas vicisitudes, consiguió volver a Buenos Aires y que se lo reivindicara moral y materialmente. Campana no tuvo esa dicha.



Saavedra, más conservador que popular

LAS MISMAS SEÑORAS GORILAS DE SIEMPRE

El 11 de setiembre hubo tumultos en la plaza: algunos jóvenes y muchas señoras forman corrillos para hablar contra Campana y los compadritos.

Juan José Echevarría dejó en su Diario una nota pintoresca de la agitación política e intervención de las señoras de la clase vecinal en los corrillos públicos.

"Miércoles 18 de setiembre:...son las 4 y acabo de pasar por la plaza... se dice que el objeto principal es quitar a Saavedra y hacer Presidente a Chiclana; y que los diputados se vayan si quieren, o se queden acá para el Congreso... Andan fijando carteles citando para mañana a la elección de diputados y demás.

Vaya algo de lo mucho ocurrido esta mañana: "peroró la Mármol, lo mismo hizo la Angelita, también la Chepa (alias) la Guinda: ésta lloró en la exhortación; también una de las Berutti; fueron concurrentes las Posadas, las de Endara; hubo palmoteos, vivas, bravos, etc.". (Nota: Las cacerolas eran entonces de barro; poco sonoras y pesadas para las manos femeninas)

Pero la Revolución nacionalista – toda nacionalidad viene del pueblo – iniciada el 25 de mayo y detenida en Buenos Aires, renacería en el interior; Artigas y el pueblo oriental serían sus primeros intérpretes. La nacionalidad Argentina quedó condensada, en su forma política, en una expresión definidora: el federalismo. La "Patria Grande", liga de las patrias chicas municipales. 🇨🇺



Los trabajadores y la tiranía criminal



Por Enrique Manson

Mientras Cristina Fernández de Kirchner reaparecía en comodoro Py, gracias a la iniciativa del hasta ayer ignoto compañero Claudio Bonadío¹, los secretarios generales de las innumerables CGTs –incluido el kiosco de Luis Barrionuevo– se entrevistaban con el gobierno nacional para salir con unas pocas promesas sobre temas menores, lo que se reflejaba en lo adusto de sus rostros.

Sin embargo, podían alegrarse de que la jornada no se les mostraba tan hostil como la que vivieron los auténticos dirigentes que, en 1979, lanzaron la primera huelga general contra la tiranía criminal que ensangrentaba por entonces la Argentina...

Había sido larga la historia sindical argentina. En 1955 fue una joven generación de dirigentes la que tomó la posta iniciando la Resistencia contra la dictadura fusiladora. En la década siguiente hubo aciertos y errores. Existieron los programas de La Falda y de Huerta Grande, pero también hubo quien dijo hay que estar contra Perón para salvar a Perón.

En los años setenta, la crisis interna del peronismo enfrentó a las organizaciones armadas con lo que llamaban la burocracia sindical.

Los usurpadores del 24 de marzo creyeron que sería fácil terminar con el sindicalismo peronista. No comprendieron que, más allá de sus defectos y de la claudicación de algunos dirigentes, éste cumplía con una tarea de representación y de defensa de los intereses de los trabajadores. Y los trabajadores lo sabían.

La dictadura derogó la ley de Contrato de Trabajo y para terminar de enterrarla secuestró y asesinó a su inspirador, Norberto Centeno. Las 62 Organizaciones fueron prohibidas. La CGT también debía desaparecer. En la nueva legislación no habría entidades de tercer grado. Se eliminó el derecho de huelga. Las obras sociales fueron separadas de los sindicatos con el pretexto de que los sindicalistas las saqueaban en beneficio propio. Desde 1976, fueron saqueadas en beneficio de los interventores militares. Se trataba de domesticar a la clase obrera para implementar el plan económico de las Fuerzas Armadas. La política de Martínez de Hoz cumplió con su objetivo de superar el conflicto social mediante la desaparición física de uno de sus términos. Para que no hubiera obreros rebeldes había que destruir la industria. Mientras las mazmorras se llevaban a quie-

nes representaban alguna forma de resistencia, la caída del salario a la mitad de su valor de marzo de 1976 y el crecimiento de los índices de desocupación, desangraron a la clase media baja y a los laburantes. La población asalariada, que en 1975 superaba los 6.000.000 de personas, cayó a menos de 5.000.000 en 1982.

Los dictadores pensaban que la burocracia sindical era una banda de delincuentes que nunca habían trabajado y que manejaban a su capricho a los trabajadores, de cuyos intereses jamás se habían ocupado. ¿Qué mejor que consultar a los afiliados si querían seguir integrando los sindicatos? El sorprendente resultado fue que los trabajadores "... no se desafiliaron, siguieron aportando. Sólo la solidaridad del pueblo con sus organizaciones permitió que el sindicalismo sobreviviera a este golpe feroz..."²

Si la subversión era un pretexto y la burocracia sindical una molestia poco trascendente, no ocurría lo mismo con la resistencia de las bases obreras, instalada en los lugares de trabajo y organizada por las comisiones internas y la dirigencia más cercana.

El 24 de marzo, fueron ocupados militarmente quince sindicatos, y varios centenares en las semanas siguientes y, como vimos, prohibidos la CGT, las 62 organizaciones y el derecho de huelga. Los 6 millones de afiliados sindicales quedaron bajo el control de interventores militares, que también quedaron a cargo de más de 3.000 millones de dólares pertenecientes a los gremios y a sus obras sociales.

"Los medios para mantener a raya a las fuerzas laborales proliferaron: advertencias, suspensiones, despidos disciplinarios. Antiguos aumentos salariales desaparecieron," así como las regulaciones de salud, la higiene, la seguridad en el trabajo y el empleo. Los patronos tuvieron absoluta libertad para trasladar trabajadores y modificar normas. "Dieron a los empleadores el derecho a interrogar a sus empleados potenciales sobre sus ideas religiosas, sindicales y políticas; el derecho a despedir por 'delitos' no probados y el de eliminar la participación en las ganancias y la administración."³

La feroz caída de los salarios fue explicada por Guillermo Walter Klein, que definió al vigente como un "sistema incompatible con cualquier sistema democrático y sólo aplicable si lo respalda un gobierno de facto."⁴

La embajada de los Estados Unidos informaba sobre 750 a 1000 "activistas sindicales detenidos ... sin asociación alguna con grupos subversivos"⁵ 500 de éstos seguramente están muertos, Un segundo grupo

estaba constituido por "trabajadores en general"...detenidos "por participar en huelgas totales o de brazos caídos o estar relacionados con ellas o alguna otra forma de actividad tradicionalmente reconocida o considerada legal hasta [el golpe] que tenía por objeto corregir defectos salariales o laborales." Entre 3.000 y 4.000 de ellos estarían en la cárcel y unos 750 "presumiblemente muertos"⁶

Las fábricas debieron trabajar bajo control militar. En alguna se instaló una guarnición completa. "Nos revisaban las ropas, los vestuarios, hacían requisas permanentes... se llevaron a los delegados, subdelegados y activistas. ... hubo unos cien desaparecidos. Muchos aparecieron después como detenidos y muchos han sido soltados. Otros nunca aparecieron."⁷ La Ley de seguridad industrial castigaba con 6 años de prisión a quien hiciera huelga y 10 para quien instigara a hacerla.

La primera huelga general

1978 había sido el momento culminante de la dictadura. La guerrilla no daba señales de vida, y avanzaba la recuperación de muchos prisioneros. Los políticos mantenían el silencio, y el movimiento obrero parecía domesticado. Fuera de los moderados desplantes del sector de los 25⁸, sólo el grupo de locas que se reunían los jueves en Plaza de Mayo para demandar la aparición de sus hijos parecían romper la uniformidad.

El Mundial, con las multitudes en la calle y Videla vitoreado en el balcón, hizo vivir la sensación de una inesperada popularidad. El conflicto con Chile había fomentado un nacionalismo agresivo de cortas miras. Cuando la intervención papal evitó la guerra, la sensatez predominó, y se vivió el alivio de la lucha evitada, completando –aún contradictoriamente- el año positivo.

Los trabajadores seguían soportando la caída de sus salarios, el crecimiento del desempleo y la aplicación de normas que ignoraban las más elementales conquistas del derecho obrero. No se respetaban las normas de seguridad e higiene, era común la "pérdida de remuneraciones consagradas por la costumbre, incumplimiento de licencia por vacaciones, maternidad o estudio, traslados dentro de la empresa o sucursales, modificación de los horarios de trabajo, desaparición de servicios de índole social, etc."⁹ Seguía la presencia militar en las fábricas, y prohibidas las comisiones internas. "Eran frecuentes las falsas acusaciones de hurto como medio de zanjar las diferencias laborales.

Al trabajador en conflicto no le quedaba más remedio que retroceder ante cualquier avasallamiento patronal. La detención (aún transitoria) suponía su-

frir castigos corporales, en ocasiones severísimos. La práctica de recurrir a la policía para solucionar los problemas laborales se convirtió en un hecho cotidiano. Ello era más frecuente cuando estaban en juego diferencias colectivas de más importancia.”¹⁰

En los últimos días de 1978, los 25 organizaron en la Capital Federal una cena de dirigentes a la que asistieron los agregados laborales de Estados Unidos y Alemania Federal, y representantes de la ORIT. El cervecero Saúl Ubaldini, quien sería el gran líder sindical de los tiempos siguientes, leyó un documento en que se reclamaba el restablecimiento de la Ley de Asociaciones Profesionales, y la legislación del trabajo. Se atacaba a la política económica y se reclamaba la recuperación de los salarios. Las obras sociales debían ser devueltas a los trabajadores. En lo político, se rozaba la insurrección: se reclamaba el restablecimiento de la democracia, con justicia social.

El año 79 se inició con los primeros contactos entre los dos sectores obreros existentes para alcanzar la unidad, pero esta se postergaría por las profundas diferencias de la CNT y los 25 con respecto a las relaciones con el gobierno. Los 25 consideraban que la unidad debía ser el instrumento para convocar a una huelga general. Esto no entraba en los planes de los dialoguistas.

Los 25 iniciaron pusieron “en estado de alerta a todo el movimiento obrero”¹¹ y avanzaron hacia el paro general. El 21 de abril convocaron a la Jornada de Protesta Nacional que se realizaría el 27 para lograr la “restitución del poder adquisitivo de los salarios y la plena vigencia de la ley de convenciones colectivas de trabajo, oponiéndose a la reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales y de Obras Sociales y exigiéndose la normalización y libertad sindical.”¹²

El general Llamil Reston, ministro de Trabajo, convocó a los dirigentes para dialogar en el Ministerio. Después de la reunión, la policía fue capturando a los sindicalistas a medida que salían. Estos habían tenido la precaución de crear un comité de huelga que se movió en la clandestinidad. Las organizaciones internacionales reclamaron al gobierno la libertad de los apresados. Lo mismo hicieron el partido Justicialista y la UCR, aunque evitaron involucrarse con la huelga. No sucedió lo mismo con la Asociación de Industriales de Buenos Aires, de orientación desarrollista, que se solidarizó con los trabajadores.

El paro afectó al cordón industrial del Gran Buenos Aires y a industrias del interior. También adhirieron los ferrocarriles Roca, Mitre y Sarmiento. No existió prácticamente en el comercio ni entre los empleados públicos. De todos modos, significó un cam-

bio cualitativo en la lucha sindical contra el régimen. La dictadura mantuvo detenidos hasta mediados de julio a los dirigentes de los 25, pero incluso las formas de represión, aún siendo duras, mostraban que algo empezaba a cambiar.¹³

El veterano dirigente Raimundo Ongaro declaró a la prensa española: “La jornada de protesta nacional no es la obra de un grupo de iluminados, es la huelga nacional de la dignidad del pueblo contra un grupo de militares elitescos que desprecian la conciencia nacional y colectiva de los argentinos.... El 27 de abril nos enseña que, al igual que en otras fechas gloriosas desde nuestra independencia nacional, el actuar unidos por encima de respetables diferencias, nos posibilitará reconquistar los derechos abolidos... el poder que nos corresponde, instaurando un estado de derecho.”¹⁴ PR

1. El impresentable juez Bonadío y su absurda imputación, cual barbada Pandora, abrió la caja donde Zeus guardaba todos los males. No obstante, en la Argentina, estos estaban mal acomodados y –contra lo ocurrido en la mitología griega, que suponía que en el fondo de la caja sólo quedaría la esperanza- fue ésta, la Esperanza, la que salió inesperadamente el 13 de abril, y comenzará la tarea de aplastar los males que quedaron adentro y los que alcanzaron (desde diciembre) a escaparse.

2. Ceballos, Ernesto, Historia política del movimiento obrero, pag. 371

3. Andersen, Martín, Dossier Secreto., pag. 211

4. *Ibidem* pag. 212. Esta afirmación quedaría desmentida durante la década del 90.

5. *Ibidem.*, pag. 213

6. *Ibidem*

7. Abos, Alvaro, Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983), p. 12

8. La disolución de la CGT había producido la división entre la CNT, casi oficialista, y los 25 de orientación más combativa.

9. *Ibidem*, pag. 330

10. *Ibidem.*, pag. 44

11. Calello, Osvaldo y Parcerro, Daniel, De Vandor a Ubaldini, pag. 177

12. *Ibidem*

13. Calello y Parcerro opinan que “después de casi veinte años de producidas la

14. El País, Madrid, 28/4/79



Darwin Ángel Passaponti, el primer mártir peronista



Por Pablo Hernández

Bien entrada la tarde del 17 de octubre de 1945, desde algún lugar de los alrededores de Plaza de Mayo, Darwin Angel Passaponti, eufórico ante la inminencia del triunfo que ya se palpaba en el ambiente, llamó por teléfono a la casa de sus padres: “¡Esto es tan lindo, mamita! ¿Por que no vienen?”. Horas después, cuando las columnas del pueblo se retiraban tras escuchar las palabras del Coronel Perón, un balazo terminaba con la vida del joven estudiante.

Passaponti, el muchacho que te encontraras en el barrio, el muchacho que habla lleno de gesticulaciones, que pateaba una pelota”, así descrito por Perrone en la novela *Se dice hombre*, era también el joven poeta que había publicado ese año el número 2 de la revista *Amanecer* el premonitorio poema “Como el rayo”: “Quise cruzar la vida/ como la luz del rayo/ que en el espacio alumbra./ Seguro de no vivir/ más que un instante./ seguro de no morir/ debilitado. Así,/ como el rayo, corto/ breve y soberano”.

Darwin, quien vivía con su familia en el 601 de la calle Neuquén, había concurrido a la Plaza de Mayo

en compañía de Abel. Regresando por la Avenida de Mayo, “cuando los dos amigos pasaban ya frente a los 36 billares, al producirse el tiroteo como cincuenta metros más atrás, bajo la primera impresión, Darwin se arrojó en el interior del café; no habiéndolo hecho, en cambio, Abel, se supone porque en ese instante descubrían las persianas, motivo de que Darwin, poco después, advertida la ausencia del amigo, ganase la calle, en estas circunstancias recibía un balazo mortal en la frente. Justamente en ese momento pasaba uno de los ‘autos fantasmas’ que sembrando la muerte desde el interior, amenazaban con adueñarse de la vía pública”.

El diario *Democracia* del 18 de abril de 1946, discrepaba al sostener que “murió asesinado alevosamente desde los balcones de un diario”.

Los historiadores, por su parte, agregan matices. José María Rosa sostiene que “al pasar una columna de desharrapados frente a *Crítica* y silbarla, los diarios contestaron con una descarga que causo dos muertos. Aquí se llovieron piedras sobre las cortinas de hierro y se trato inútilmente de forzar la puerta, mientras de *Crítica* tocaban desesperadamente la sirena pidiendo auxilio”.

Félix Luna, usualmente moderado, esta vez supera desde El 45 a su colega: “Al pasar una de las columnas por la sede de Crítica, se inicio un denso tiroteo, según parece desde las ventanas del diario. Dos muchachos de filiación nacionalista cayeron muertos y cuarenta heridos quedaron tirados en la Avenida de Mayo”.



Pero Alfredo Carlino, que con 13 años trabajaba en el diario inglés The Standart, en uno de sus poemas incluido en Bailarín Canyengue aporta un dato interesante: “Nosotros desde octubre del '45/ lo sabíamos todo,/ el mismo 17 nos asesinaban a Darwin Passaponti/ junto a Benito Curra”.

El desenlace final del 17 de octubre y las festivas marchas del 18 fueron transformándose en angustia, con el correr de las horas en el hogar de la familia Passaponti.

Una recorrida del padre comenzó por la casa de Abel, quien le confeso que no se veía con Darwin desde el desbande producido por el tiroteo; continuó luego por una comisaría céntrica y por el edificio de Asistencia Pública. Tras regresar sin éxito en la búsqueda, un oficial de la policía se presentó en la casa de don Trento pidiendo que lo acompañara. Bastaron pocos metros recorridos en silencio para que ante la

firme pregunta estallara la trágica verdad. El cuerpo sin vida de Darwin Angel Passaponti yacía en el hospital Durand.

En enero de 1946, en tanto, estaba fechado el poema que en su homenaje fuera escrito en Cuzco, Perú. “El autor era un estudiante argentino de Teología, que cursaba el Lectorado en el Colegio Internacional Dominicano de la capital de los Incas” fray Benito Enrique Chávez (el historiador de Fermín Chávez): “Ibas buscando patria, Passaponti,/ibas buscando, sí, La Patria Nueva,/ Nueva y Vieja a la vez como la sangre”. Un amigo del poeta, Alfredo Bettanin, immortalizaba también por esos días, con sus dibujos magistrales, la imagen del joven asesinado. El líder de ambos, Juan Perón, es quien el 20 de diciembre de 1967 le escribía a don Trento desde su exilio en Madrid, “su amabilidad me ha traído el recuerdo de su hijo Darwin Passaponti, nuestro primer mártir peronista, muerto el 17 de octubre de 1945 frente a Crítica. Desde aquí me uní al homenaje que el peronismo rindió a su tumba, con motivo del aniversario de su fallecimiento, y en esta oportunidad rememoro con emoción. Le ruego acepte, con mi saludo más afectuoso, mi agradecimiento por todo.”^{PR}





La Deuda Externa, ayer y hoy



Por José María Rosa, *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, Buenos Aires 1943

“El endeudamiento externo vino a generar más pobreza”, dijo hace unos días Axel Kicillof en la Cámara de Diputados. ¿Entiende de economía, el ex ministro? No sabemos, aunque su carrera y su gestión reciente parecen indicar que sí.

Lo que parece saber es historia. ¿Habría leído a José María Rosa en su *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*? No faltará ocasión de preguntarle. Por ahora nos limitamos a recordar lo que nuestro Pepe escribía ¡en 1943! Hablando del primer empréstito. Que algún parecido tiene con los que volveremos a gestionar ahora.



Rivadavia, el “Más grande civil...”

El primer empréstito

Por leyes del 19 de agosto y 28 de noviembre de 1822, la Legislatura de Buenos Aires autorizó al gobierno a contratar un empréstito externo de 5 millones de pesos fuertes (un millón de libras esterlinas), ¿Con qué objeto? No existían imperiosas necesidades financieras, ni urgentes motivos militares. El pretexto fue construir un muelle en Buenos Aires, algunas otras obras públicas, y fundar puertos en el litoral. Rivadavia marchó a Londres en 1824. No lo concertó él, interviniendo en los trámites John Parish Robertson y Félix Castro.

El 1º de julio se firmaba el Bono General (con) la casa de banca Baring Brothers. Se obtenía al tipo de 70%, Baring entregaba 700.000 libras, pero Buenos Aires quedaba obligada por un millón.

La provincia daba como "garantía", la tierra pública, sus rentas, bienes y territorio: (que) quedaba hipotecada. No siendo suficiente, los acreedores retuvieron cuatro semestres de intereses y amortizaciones; (mas) las 7 mil libras de "comisión" que correspondían a Parish y Castro, y las 3 mil libras "gastadas" en los trámites.

Buenos Aires recibiría solamente 560.000 libras, quedando hipotecada por un millón; debiendo girar anualmente 65 mil libras por intereses (6%), y amortización (1/2 %). Pero hay más: necesitábase metálico, pues el oro y la plata existentes habían ido desapareciendo con la libertad de comercio. No obstante, los banqueros no enviaron las libras en oro, sino en letras de cambio.

Buenos Aires tuvo que pagar un millón en oro, con sus intereses, por 560.000 libras recibidas en papeles de comercio ¿Qué hizo el gobierno? Ni construyó el muelle, ni obras públicas, ni puerto. Tampoco lo empleó en la guerra con el Brasil declarada el 1º de enero. Procediendo como si no hubiera necesidades bélicas, (se) fundaba un Banco administrado por particulares con el objeto de "entretener productivamente" el empréstito con préstamos a

los propios comerciantes extranjeros.

En 1826 deben pagarse los primeros servicios. La cotización de los títulos había bajado a 58 1/4 (llegaron a estar a 97). Se mandaron - no obstante la guerra - 65.000 oro para cumplir por un año. En 1827 hubo que venderse la escuadra (aunque) la guerra con Brasil no había terminado. En 1828 se declaró la moratoria. La cotización desapareció de la Bolsa de Londres.

¿Para qué sirvió el empréstito?



Manuel José García, el hombre de Inglaterra

El gobierno inglés no pudo hacerse ilusiones sobre el cobro. Pero el objeto de los "empréstitos" iniciada por Canning en América Española no era que los pequeños ahorristas ingleses, que poco le interesaban al ministro conservador, gozaran de una renta del 5 ó 6 % anual en sus inversiones. Su objeto era atar a los nuevos estados por obligaciones que no podían cumplir, garantizando con su renta o con toda la tierra pública. La amenaza de una intervención armada pendería sobre los nuevos Estados. A menos, que sus gobernantes fueran solícitos con los acreedores, pues Inglaterra era generosa con sus amigos. En 1833, Balcarce quiso romper relaciones por el apoderamiento de las Malvinas. La nota Argentina fue rechazada por Palmerston porque un deudor no puede romper con su acreedor sin pagar antes su deuda

En 1835, Rosas ocupa el gobierno. Está resuelto a una lucha contra el imperialismo, y empieza por la Ley de Aduana y el apoderamiento del Banco. En 1838 se inicia el bloqueo francés, disimuladamente favorecido por Inglaterra. Rosas hace mover a su favor a los comerciantes ingleses de Buenos Aires perjudicados y anuncia en 1839 que "si no fuera por el bloqueo" reanudaría los servicios del empréstito. Provoca una conmoción en la City: se forma un "Comité de Tenedores de títulos Hispanoamericanos" que inicia una campaña contra el bloqueo. El Times, órgano de los pequeños ahorristas, se hace eco.

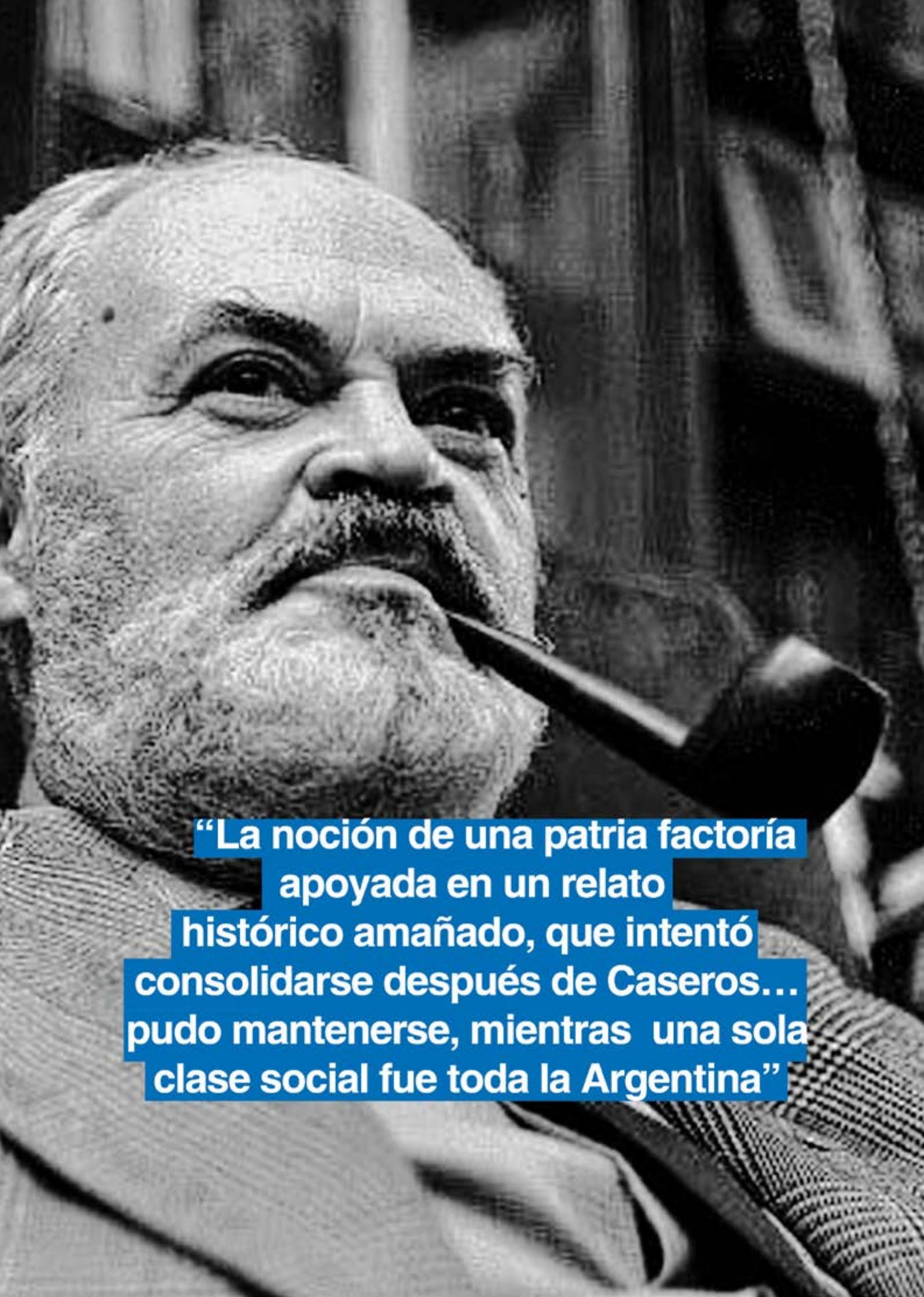
La Casa Baring envía un comisionado y Palmerston poco menos que ordena a Thiers que levante el bloqueo. Pero Rosas no puede, o no quiere, reanudar los servicios. Entretiene a Falconnet hasta 1842 con las "necesidades de guerra", que diferían sus buenas intenciones hasta la terminación de la misma.

En 1844 gobiernan los conservadores, y Lord Aberdeen está al frente del Foreign Office. La intervención de Inglaterra y Francia es ya un hecho. Rosas se prepara para resistirla, y como pronta medida entrega a Falconnet cinco mil pesos plata mensuales destinados a los servicios del empréstito. No pagaba ni la quinta parte de los intereses anuales, pero algo era. Los tenedores de títulos se llenan de alegría. Al producirse la agresión de 1845, Rosas cesa el pago alegando el bloqueo. Los tenedores, el "Comité" y el Times gritan contra Aberdeen; también los comerciantes ingleses de Buenos Aires y sus proveedores de Londres. La caída de los conservadores del poder en 1846 se debió en alguna parte a la puja de los intereses movidos por Rosas. Vuelve Palmerston al Foreign Office, y, acaba por hacer la paz. El "Comité" y la casa Baring quieren que en el tratado Southern se establezca un pago ajustado de los títulos, pero Rosas se opone. Pagará lo que él pueda: no más de los cinco mil pesos plata mensuales convenidos en 1844 con Falconnet. Palmerston cede ante la tenacidad de Rosas. En 1850 y 51 se abonaron los cinco mil pesos mensuales.



¿Un nuevo Rivadavia?

La caída de Rosas en 1852 hace subir los títulos, que saltan a 70. Se espera que el nuevo gobierno sea más dócil a Inglaterra. Y efectivamente el ministro de Hacienda de la Riestra concierta el arreglo "de los bonos diferidos" por el cual se entregaban títulos por 15 millones en pago del millón contratado en 1824 y sus intereses atrasados, e intereses de intereses etc. etc... En 1904 se acabó de pagar totalmente la obligación de Rivadavia. Habían sido abonados 23.734.706 pesos oro por 3 millones realmente recibidos y en papel. ^{PR}



“La noción de una patria factoría apoyada en un relato histórico amañado, que intentó consolidarse después de Caseros... pudo mantenerse, mientras una sola clase social fue toda la Argentina”